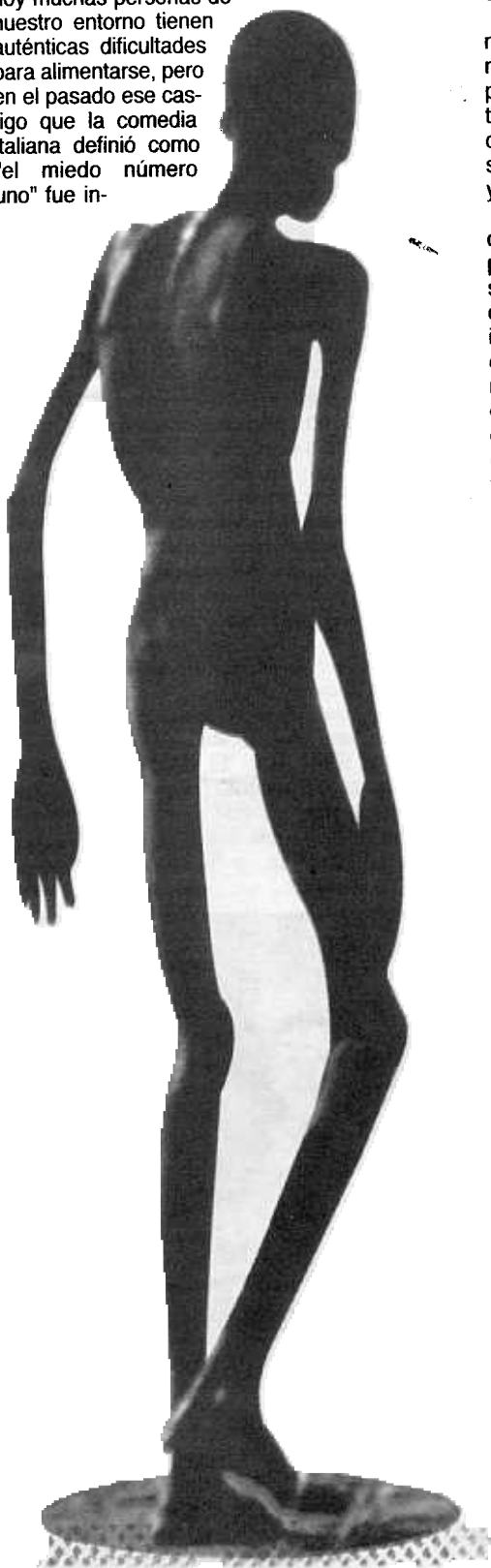


POR CADA HUN TRES MUEREN

NUEVA YORK, EEUU (SEP).- Cinco millones de niños pequeños mueren de hambre cada año. El informe anual de la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO) advierte que en el mundo hay cerca de mil millones de personas malnutridas. Además, el fantasma de la inanición supone un riesgo muy real para tres de cada cuatro seres humanos. La paradoja se produce cuando -en el mismo momento y en el mismo planeta- una cuarta parte de la humanidad no sabe muy bien cómo gestionar su empacho.

No siempre fue así. Aquí, hasta hace apenas unas décadas, la memoria del hambre era algo muy tangible entre las personas que habían sufrido la quiebra del sistema de abastecimiento durante la Guerra Civil y la dura postguerra. Pero un cambio radical ha tenido lugar en nuestras vidas sin que apenas nos hayamos dado cuenta: el fantasma del hambre, ese miedo ancestral que nos había acompañado a lo largo de toda la historia, ya no habita entre nosotros. Es cierto que todavía hoy muchas personas de nuestro entorno tienen auténticas dificultades para alimentarse, pero en el pasado ese castigo que la comedia italiana definió como "el miedo número uno" fue in-



finitamente peor.

El cuerno de la abundancia, encarnado en los abarrotados estantes de cualquier supermercado, ha desterrado el temor a la falta de comida como referente dominante en la sociedad. Hoy sufrimos un temor inverso; a cómo gestionar la sobreabundancia, a cómo alimentarnos sin convertirnos en obesos. Ahora nuestra hambre es de salud. Y escándalos como el de la colza, las vacas locas o la gripe aviar amenazan con convertir a la comida en objeto de temor.

QUÉ PAPEL JUEGA LA GULA

En este contexto, ¿qué papel juega la gula? De momento estamos aún en la etapa de relación compulsiva no sólo con la comida si no con todo lo que nos ofrece la sociedad de consumo. Porque la glotonería que mostramos ante el último dispositivo electrónico o las prestaciones del coche es equiparable al mecanismo que nos lleva a empacharnos de calorías.

En los países ricos la necesidad ha dejado de motivar el consumo. Ahora es el deseo lo que nos mueve. En los años cincuenta se produjo en el primer mundo una revolución increíble; el abaratamiento de los procesos de producción permitió que la gente tuviese acceso a bienes que nunca se hubiesen imaginado. Llegaron así la lavadora y el coche, también la abundancia de comida.

Y con ella, los desórdenes alimentarios. Por que más allá de las consecuencias morales que para los católicos posee el pecado de la gula, sus secuelas en la sociedad actual tienen nombre de enfermedad. El papa san Gregorio Magno instauró los pecados capitales en el siglo VI y enunció las cinco maneras en las que la gula se manifestaba: "demasiado pronto, con demasiada delicadeza, a un precio demasiado alto, con demasiada voracidad, demasiado". Hoy esta definición no hace más que describir las distintas formas en que la mayoría de nosotros comemos, planeamos comer o pensamos sobre comida. En realidad de las cinco señales de advertencia que identificó el papa como signo distintivo del glotón, sólo hay dos -con demasiada voracidad, demasiado- que sigamos relacionando con la gula. ¿Acaso el deseo de comer carne cara o de disfrutar de platos delicados suena a crimen contra Dios, una maldad que nos envía directamente a pasar la eternidad en el tercer círculo del Infierno? Si la gula fuera en realidad un pecado, ¿quién de nosotros estaría libre de culpa?.

COMER PARA VIVIR

Como la lujuria, su transgresión hermana, el pecado de gula refleja una constelación de complejas actitudes en las que confluyen la necesidad y el placer. Y, a diferencia del resto de pecados capitales, la lujuria y la gula están aliadas con conductas necesarias para la supervivencia del individuo y de la especie. Uno debe comer para vivir. De hecho, es la primera necesidad que tenemos al nacer. Explican los psicólogos que el hambre del recién nacido genera un estado de desequilibrio en su interior que se traduce en una sensación displacentera; en caso de que el bebé no tenga alimento por mucho tiempo, esta sensación se convierte en un "monstruo persecutorio" en su pequeño cuerpo. Al recibir el alimento, el niño no sólo satisface esta necesidad de hambre sino que al estar alimentando se empieza a recobrar el bienestar y se produce una sensación placentera que empieza desde el olor del alimento hasta su sabor, textura y temperatura. De esta manera, el placer se queda inscrito en el incipiente aparato psíquico del niño a través de la memoria. Tenemos pues, por un lado, la satisfacción biológica de la alimentación y, por otro, el placer asociado a ella. El equilibrio en ambas resulta obvio y su ausencia genera un sentimiento primario que la psicoanalista Melanie Klein denominó voracidad.

La voracidad se describe como la necesidad de

MANO GLOTÓN Y DE HAMBRE



la población se abstengan de comer en aras del culto de la figura corporal. Y hace poco se inició una nueva etapa en la que los consumidores de comida rápida han decidido pleitear contra la industria por sus problemas de peso. Las distintas iniciativas ya han hecho que gigantes como McDonald's revise a la baja los aportes de grasa de sus menús.

FANÁTICOS DE LA DIETA

Pero lo más curioso, o al menos lo que más contrasta con los valores del pasado, es que a los grandes comilones de hoy o simplemente a los obesos, se los encierra en un estereotipo negativo de personas sin voluntad. Me lo explicaba a principios de la década de los noventa, cuando la obesidad todavía no se había convertido en la epidemia que supone en la actualidad, una abogada llamada April Muer, integrante del denominado Movimiento de Liberación de las Gordas que hacían teatro guerrillero ante las clínicas de dieta: "Estamos inmersos en una guerra que enfrenta a comedores de carne picada contra fanáticos de la dieta. A todos ellos lo único que parece unirles es el rechazo por las personas obesas que consideran dejadas y perezosas. Luchamos para romper el cliché en el que nos encierran".

Así que la gula, que constituía un problema profundamente espiritual en la edad media, hoy se ha transformado en patología que ha satanizado al colesterol y las grasas animales como enemigos que batir. Sin embargo, según una sondeo realizado por la BBC, un 20% de las mujeres y un 15% de los hombres se definen a sí mismos como dominados por la gula y la mitad de la población hace o ha hecho dieta en algún momento.

El hambre, por su parte, sigue golpeando a la humanidad. Pero a pesar de que en el planeta mueren cada día alrededor de 24.000 personas por su causa, nos parece hoy un problema lejano, algo que sucede fuera y que nunca más volveremos a sufrir. Sólo cabría preguntarse si esta forma de pensar es fruto del optimismo o de la falta de memoria. Por que el pecado ya no es tanto la voracidad en la mesa como el olvido del hambre de los demás.»

comer, de tragarse literalmente todo lo que está en el exterior, de manera compulsiva, ya que se tiene la fantasía inconsciente de que ya no va a haber más y que se puede quedar sin nada, vacío. Existen obviamente, como consecuencia de esta actitud voraz, toda una serie de problemas y trastornos físicos de orden metabólico y de riesgos por sobrepeso u obesidad bien sabidos, pero también como efecto colateral, estas personas no suelen estar a gusto con su cuerpo y eso les produce un conflicto.

Actualmente la cultura y los medios de comunicación, así como la industria de los alimentos, contribuyen a conductas de gula que redundan en enfermedades. Por un lado la publicidad incita a comer y a beber en exceso. Por otro lado ofrece comidas light y productos dietéticos, que reducen el daño producido por los abusos. Pero también presiona para que algunos grupos de